

## El secreto de la Esfinge



La Esfinge de Guiza es un símbolo del Antiguo Egipto, suficiente por sí solo para hacernos pensar en él. Esta colosal estatua, que representa a un león con cabeza humana, tocado con el *nemes* (una prenda a rayas blancas y azules) que tan popular era entre los reyes, se halla al final de la calzada que conduce hasta la pirámide de Guiza. A pesar de que ocupa un lugar destacadísimo en la meseta, la Esfinge carece de función evidente, lo que ha provocado que se expongan varias teorías sobre su propósito oculto, la existencia de salas y cámaras secretas en su interior o la fecha de su tallado.

Todos hemos visto la Esfinge por algún medio y la tenemos por un monumento netamente egipcio, pero en realidad la voz «esfinge» procede del griego «sfigx» (que significa «estrangulador»), lo que ha causado una confusión entre las mitologías de la esfinge griega y la egipcia. Se cree que la figura de Guiza es la esfinge más antigua del mundo, por lo que pudiera darse que pese al nombre, fuera inventada por los egipcios y adaptada posteriormente por los griegos. Tanto si surgió a partir del modelo egipcio como si no, la esfinge griega era la guardiana mitológica, femenina y alada, de la ciudad de Tebas. Solo dejaba pasar a los viajeros que acertaban a responder su acertijo: «¿Qué criatura de una sola voz camina con cuatro piernas por la mañana, con dos al mediodía y con tres al anochecer, y es más débil cuantas más piernas tiene?». Si el viajero erraba la respuesta, la esfinge lo estrangulaba y lo devoraba.

La esfinge egipcia carece de esta malevolencia, por lo general era masculina (aunque en el Reino Nuevo existen algunas imágenes de esfinges hembra) y con frecuencia aparece protegiendo la entrada de un templo; en Guiza es la guardiana de toda una meseta. La esfinge egipcia solía tener el cuerpo de león, pero la cabeza adoptaba muchas formas: cabeza humana, muy conocida por la Esfinge de Guiza; cabeza de carnero, identificada con Amón; cabeza de halcón, representativa de Horus, o bien de cocodrilo, chacal o serpiente. Las cuatro últimas son raras: los únicos ejemplos conocidos proceden del templo funerario de Amenofis III en Luxor. En el Reino Nuevo hubo variaciones sobre la figura de la esfinge yacente, incluidas algunas con brazos humanos, cargados de ofrendas. Cierta número de relieves de piedra muestran esfinges que caminan y pisotean a los enemigos del rey; en ocasiones, estos seres tienen alas o pechos (símbolo de feminidad).

Las esfinges también flanqueaban las avenidas procesionales y los caminos de acceso a los templos. Los ejemplos más famosos se encuentran entre los templos de Luxor y Karnak, pero son muchos los templos que las poseían en origen, incluidos los de Abu Simbel (en Nubia) y el Rameseo (orilla occidental del Nilo, en Luxor). Estas calzadas procesionales se utilizaban durante los festejos religiosos para transportar la barca sagrada a hombros de los sacerdotes, de un templo a otro. Muchas de las esfinges de Luxor-Karnak tienen figuritas del rey colocadas bajo la barbilla, lo que equivale, simbólicamente, a situar al rey bajo la protección de la divinidad representada por la criatura. Algunos autores creen que, originalmente, la Esfinge de Guiza pudo haber albergado una de esas estatuas bajo su barbilla.

La imagen de la esfinge era un aspecto importante del simbolismo de la religión egipcia. Sin embargo, el valor simbólico concreto de la Esfinge de Guiza se ha debatido con una intensidad que se antoja muy superior a la aplicada a las esfinges posteriores o de menor tamaño. La Esfinge de Guiza recibe su nombre del dios Horemajet, «Horus en el horizonte» (en griego, Harmaquis) y algunos estudiosos consideran que era una representación de ese dios. Quizá la aso-

ciación se produjo cuando la Esfinge quedó enterrada hasta el cuello por la arena, lo que le otorgaba el aspecto de una cabeza divina en el horizonte.

Aunque resulte extraño, la Esfinge no se menciona en los textos del Reino Antiguo contemporáneos a su construcción y existencia. Aunque contamos con las mastabas de los constructores de las pirámides (véase el capítulo 2) y de las personas relacionadas con el culto religioso de esos monumentos, allí no se hace mención de quién construyó la Esfinge o se ocupaba de su devoción. Las pruebas arqueológicas indican que, en determinado punto entre el Reino Antiguo y el Nuevo, se privó de sus piedras de revestimiento a los templos asociados con el culto de la Esfinge y el monumento quedó enterrado en la arena. Esto nos indica que el interés por ella declinó durante los reinos Antiguo y Medio; la Esfinge y su culto solo adquirieron popularidad durante el Reino Nuevo. Incluso Heródoto, que describió con cierto detalle las pirámides de Guiza, mantuvo silencio sobre la Esfinge, al igual que hicieron otros muchos autores griegos como Diodoro de Sicilia, Estrabón y Manetón. Quizá, en su tiempo, la Esfinge estaba enterrada por completo y había dejado de ser un elemento llamativo de la meseta de Guiza. Sin embargo, cabe pensar que en tiempos de Plinio (23-79 d. C.) era visible:

Delante de ellas [las pirámides] se encuentra la Esfinge, que merece una descripción aún más atenta, pese a que los egipcios han pasado sobre ella en silencio. Los habitantes de la región la consideran un dios. Consideran que en su interior se halla enterrado cierto rey Harmais y afirman que fue traída a este lugar: [sin embargo,] está tallada cuidadosamente de la roca local. La cara de la monstruosa criatura está pintada ... como signo de reverencia.\*

Plinio fue quien comenzó a divulgar los rumores de que la Esfinge era una tumba, a partir de la creencia local de que allí había sido enterrado el rey Harmais (u Horemheb). No sabemos de quién

\* *Historia natural*, XXXVII, 12. (N. del t.)

fue la idea, en origen, pero no ha perdido vigencia. En esa etapa de su historia —unos dos mil años después de su tallado— la Esfinge se consideraba divina. Los griegos la relacionaban con Helios, el dios sol, dios benefactor y protector de la meseta, lo que encaja con el concepto popular entre los egipcios del Reino Nuevo, que veían a la criatura como Horemajet (o Harmaquis), divinidad solar descrita como «dios perfecto, dios vivo, soberano de la eternidad, señor del desierto». La Esfinge se encara hacia el este y, dos veces al año, en los equinoccios de primavera y otoño, mira directamente al amanecer.

Como hemos visto, Plinio escribió que, en el siglo I a. C., algunas personas creían que la Esfinge había sido tallada en otro lugar y transportada luego hasta la meseta, pero anota, con razón, que fue tallada en el mismo lecho de roca local. Las pruebas disponibles sugieren que la zona de los alrededores de la Esfinge se empleó como cantera para la construcción de los otros monumentos de la meseta, creando así el recinto dentro del cual se halla la Esfinge; pero creemos que esa cantera no fue utilizada por Quéope (2589-2566 a. C.) sino por Quefrén (2558-2532 a. C.); se trata de una fecha crucial para la cuestión de quién construyó la Esfinge.

Así pues, un desigual montículo rocoso que se alzaba en el centro del recinto se transformó, mediante un proceso de tallado, en la figura de la Esfinge. Uno de los primeros hechos que llaman la atención de los visitantes es que el cuerpo (cuya longitud es de 138,2 codos o 55 metros) no guarda ninguna proporción con la cabeza (de  $20 \times 20$  codos o, lo que es lo mismo,  $10,4 \times 10,4$  metros). La cabeza es la única parte de la Esfinge que se levanta por encima del lecho de roca natural. Un cuerpo de esfinge promedio alcanza una longitud de cuatro veces la anchura de la cabeza y desciende del lomo hasta la cola, mientras que la Esfinge de Guiza tiene una longitud de cinco cabezas y es recta del lomo a las ancas. Sin embargo, el cuerpo de la esfinge (sin contar la cola) mide cerca de cien codos reales, lo que indica que se planeó de acuerdo con esas proporciones. Algunos investigadores van más allá y aseveran que toda la meseta de Guiza se construyó de acuerdo con un plan magistral cuyo propósito específico no habría sido el culto funerario, que a su juicio no

era más que una simple fachada; no obstante, esos autores todavía no han logrado identificar cuál habría sido ese propósito.

La cabeza de la Esfinge es la de un rey, como muestran el tocado de tipo *nemes* que la enmarca como una melena de león, la *ureo* (descubierta por Giovanni Battista Caviglia en 1817)\* y la barba falsa que se añadió al monumento con posterioridad. Se cree que, en el Reino Nuevo, se incorporó una corona al *nemes*; en lo alto de la cabeza hay un agujero en el que se habría encajado. Se han realizado estudios sobre el rostro de la Esfinge y se han establecido comparaciones entre los rasgos de la criatura y estatuas de Quefrén. El autor estadounidense John Anthony West ha apuntado que el rostro de la Esfinge es semejante al de Quefrén, aunque esto no es bastante para demostrar que el rey lo construyera. El arqueólogo Mark Lehner intentó resolver el problema al superponer el rostro de Quefrén sobre la Esfinge. Los resultados no son claros, porque las proporciones de los rasgos son distintas. La cara de la Esfinge se halla ligeramente inclinada hacia arriba (como todas las esfinges posteriores del Reino Nuevo); ahora bien, como las estatuas de Quefrén miran hacia delante, no pueden compararse sin inclinarlas a su vez. Por otro lado, el rostro de la Esfinge no es simétrico: el ojo izquierdo se halla algo más alto que el derecho y la boca está descentrada. Si se reconstruye la nariz de la Esfinge, la cara parece ser mucho menos negroide; y si se la inclina hacia delante, se asemeja a Quefrén en la coherencia de los rasgos principales.

Hay un rasgo de la apariencia tradicional de la Esfinge de Guiza que nos cuesta imaginar: el color. Durante la reconstrucción del Reino Nuevo, parece probable que los detalles se resaltaran en color. La cara de la Esfinge exhibe restos de pintura roja y hay otros vestigios de rojo y negro por toda la figura. En los escombros cercanos se han documentado restos de amarillo y azul (posiblemente, de la *ureo* y las cejas) y hay vestigios de rojo en la barba, lo que tal vez nos indique que, en cierto tiempo, la Esfinge fue roja por entero.

\* Cobra dorada que adornaba la corona del rey. (*N. del t.*)

El cuerpo de la Esfinge es el de un león, símbolo solar y representación de la fuerza y el poder del rey. La combinación de león y ser humano significa que la fortaleza del león se rige por la inteligencia y sabiduría de un rey semidivino. En el periodo dinástico temprano (3150-2686 a. C.) era frecuente retratar al rey como un león que devora a sus enemigos; esta integración de hombre y animal representaba que el rey era capaz de domar la naturaleza y cumplía con su función de mantener el orden y suprimir el caos, aspectos destacados de la ideología regia.

La caliza de la meseta de Guiza se colocó en capas finas, algunas de las cuales son ricas en minerales de silicato (como la arcilla). Cada una de esas capas se erosiona a un ritmo específico y distinto de las demás, lo que otorga a la Esfinge su apariencia irregular, dado que las capas más frágiles se desgastan antes y crean una serie de superficies cóncavas y convexas que ondulan por el cuerpo. A partir de esta erosión, algunos investigadores aseveran haber «demostrado» que la Esfinge es anterior al Reino Antiguo.

Graham Hancock, Robert Bauval y John Anthony West creen que las pirámides de Guiza se construyeron hacia 10500 a. C., alineadas de acuerdo con el cinturón de Orión. Como prueba, apuntan que la forma leonina de la Esfinge refleja el signo astronómico de Leo, señal de que se habría construido durante la era astrológica de ese signo zodiacal (también hacia 10500 a. C.). Sin embargo, el doctor Krupp, del Observatorio Griffith de Los Ángeles, ha replicado:

No hay razón lógica evidente para asociar la Esfinge con ... Leo, el león ... ¿Por qué una constelación que sabemos que los egipcios interpretaban como un león no se halla para nada en las inmediaciones de nuestra constelación de Leo, sino en la zona circumpolar septentrional? Los egipcios no reconocieron la actual constelación de Leo hasta la era tolemaica.

Cabe hallar más argumentos contra esta teoría en la cronología de la historia de los signos del zodiaco. El ejemplo más antiguo del zodiaco (palabra que procede del griego y significaba «animales pe-

queños») es del siglo V a. C., esto es, unos diez mil años después de cuando Hancock y los demás creen que se construyó la Esfinge. Aunque sabemos que la constelación que en la actualidad reconocemos como Leo se veía en el horizonte al amanecer en el 10500 a. C., los antiguos egipcios no necesariamente agrupaban las estrellas igual que nosotros ni, si acaso lo hacían, ello tenía por qué influir en sus trabajos constructivos. No hay pruebas de que ninguna civilización de aquel periodo tan arcaico, en ninguna parte del mundo, fuera capaz de realizar la clase de labor constructiva que requiere la Esfinge.

Como la Esfinge se halla emplazada al final de la calzada de Quefrén, muchos estudiosos han sugerido que su función principal es la de guardar el monumento funerario de Quefrén y exhibir la importancia, el poder y la riqueza del rey. A partir de los datos de la «Estela del Inventario» y de la quinta hora del *Libro de Amduat*, el investigador Bassam El-Shammaa conjetura que eran dos las esfinges que vigilaban la meseta, como en efecto fue tradicional en periodos posteriores. Los restos de la segunda podrían hallarse detrás del templo del valle. Pero las excavaciones no han descubierto aún este segundo coloso.

El templo de la Esfinge, situado en las inmediaciones y erigido sobre una terraza situada 2,5 metros por debajo de la Esfinge, se construyó con la misma roca que esta, extraída de la zona adyacente, y muestra el mismo modelo de erosión. El culto practicado en el templo indica que la Esfinge y su devoción estaban relacionadas con la vinculación del rey y el ciclo solar. La estructura del templo de la Esfinge es muy similar a la del templo del valle de Quefrén, erigido sobre la misma terraza y alineado con el templo de la Esfinge, indicio de que el rey Quefrén ordenó construir ambos templos y quizá también la propia Esfinge.

Entre las garras de la Esfinge se levantaba una capilla sin techumbre. El muro posterior de esa capilla lo formaba una estela de granito de quince toneladas de peso y 3,65 metros de longitud, conocida como la «Estela del Sueño». Tanto la estela como la capilla fueron construidas por Tutmosis IV (1419-1386 a. C.). Se cuenta que el futuro rey (a la sazón, mero aspirante al trono) cayó dormido

a la sombra de la Esfinge y soñó que el dios solar representado por el coloso le hablaba y le decía qué debía emprender para obtener su apoyo. En esa época, la Esfinge estaba cubierta de arena hasta el cuello y el dios ordenó a Tutmosis que la eliminara. Hizo como se le encargó, y a la muerte de su padre (Amenofis II) se alzó con el poder y gobernó como rey del Alto y Bajo Egipto. Es evidente, a la luz de esta historia, que se concebía a la Esfinge como un dios autónomo, no como representación de un rey. En la Estela del Sueño, Tutmosis IV alude a Quefrén como constructor del monumento, aunque se han expuesto varias dudas sobre la fiabilidad de esa traducción. Tutmosis IV no solo hizo quitar la arena, sino que encargó varias reparaciones adicionales: se remontan a su reinado los ladrillos de adobe del muro del *témenos* (recinto de culto). En ese muro se incrustaron diecisiete estelas, dedicadas por Tutmosis IV a la Esfinge. Se conocen varias estelas votivas más, que son pequeñas (de entre treinta y cuarenta centímetros de longitud) y de material calizo; originalmente, los detalles estaban pintados con colores brillantes, pero hoy solo perviven algunos vestigios.

Otros reyes del Reino Nuevo dejaron monumentos e inscripciones en la Esfinge. Fueron varias las capillas reales pequeñas que se erigieron entre sus patas delanteras o por encima de ellas; contenían estelas que recogían los nombres de los reyes que habían fomentado su devoción. Amenofis II (1453-1419 a. C.) dedicó una estela allí, colocada poco después de su coronación:

Entonces Su Majestad recordó aquel placentero lugar próximo a las pirámides de Horemajet [la Esfinge]. Se ordenó que se erigiera allí un punto de parada y se colocó allí una piedra blanca, en la que se grabó el gran nombre de Ajeperure, amado de Horemajet, al que se ha dado vida para siempre.

Aunque no pervive ninguna huella de esa construcción, sí hay vestigios de un alojamiento de caza en ese sitio, que perteneció a Tutankhamón (1334-1325 a. C.), donde él, su esposa y su séquito combinaban la caza en el desierto cercano con visitas de culto a la Esfinge.



Hasta el siglo IV d. C., fueron muchas las personas, de la realeza o ajenas a ella, que visitaron la Esfinge, ora para realizar reparaciones, ora como turistas, ora como peregrinos. Decenas de textos piadosos del Reino Nuevo muestran que la zona que rodeaba la Esfinge estaba abierta al «público en general», a diferencia de los templos. Se convirtió en un punto de peregrinaje popular en el que se rendía culto al dios Horemajet y se depositaban monumentos votivos; estos nos demuestran que los peregrinos eran muy diversos: desde un simple cabrero, llamado Maa, dibujado con un niño en brazos, a soldados de la ciudad de Menfis. En el periodo grecorromano, se erigieron cerca de las garras de la Esfinge una capillita y un altar con cuernos, en el que podían depositarse ofrendas incineradas. Solo ha pervivido el pavimento calizo del extremo inferior de las escaleras y la base del altar; el remate del altar se halla hoy en el Museo Británico. Incluso en el siglo I d. C., los habitantes de la ciudad de Busiris, del nomo Letopolita (cerca de Menfis), dedicaron un día a visitar la meseta de Guiza y —al igual que tantos turistas del siglo XIX— hicieron lo posible por ascender la pirámide. Antes de volver a sus hogares, estos antiguos visitantes grabaron muestras de respeto sencillas en una de las patas delanteras de la Esfinge o en placas calizas incrustadas en el muro o dejadas en el sitio. La historia de la devoción y las visitas a la Esfinge se detuvo en el siglo IV d. C., cuando el emperador Teodosio prohibió los cultos paganos. La meseta de Guiza fue cayendo lentamente en el abandono y la Esfinge fue desapareciendo una vez más bajo la arena. Desde que los arqueólogos comenzaron a destaparla a principios del siglo XIX, no han cesado las polémicas sobre la Esfinge: su propósito, su fecha y su condición. No cabe negar que la Esfinge se halla deteriorada. A finales del siglo XX cayeron fragmentos de ella en dos ocasiones; en 1981 se hundió un pedazo del revestimiento de la pata trasera izquierda; en 1988 se desmoronó y cayó un fragmento grande —de tres toneladas de peso— del hombro derecho. A lo largo de los siglos se han formulado muchas conjeturas sobre las causas del deterioro. Con frecuencia se utilizaban diferencias políticas como medio de echar la culpa al «enemigo»; así, en el siglo XIV d. C., se culpó a la venganza

de los mamelucos; pero varios estudios han demostrado que, en el siglo X d. C., autores árabes atribuyeron los daños a un afán iconoclasta, relativamente similar al que produjo en Afganistán, en 2001, la destrucción de los Budas de Bamiyán.

Los eruditos de Napoleón (1769-1821) no dedicaron mucho trabajo a la Esfinge durante el viaje de estudio que realizaron en Egipto; exploraron los cementerios de la meseta, hicieron mapas de ellos y limpiaron de arena la zona trasera de la Esfinge. Mariette (fundador del Museo Egipcio de El Cairo) afirmó pasado un tiempo que Napoleón había encontrado una puerta que permitía acceder al cuerpo de la Esfinge, pero no se recoge así en su *Description de l'Égypte*. La estela de Benermerut, del reinado de Tutmosis III (1504-1450 a. C.), muestra una puerta abierta en el costado de la base de la Esfinge, en lo alto de un conjunto de escaleras que terminaban en un pequeño podio. Eso ha animado a realizar numerosas búsquedas de cámaras interiores. *Description de l'Égypte* tampoco menciona la Estela del Sueño, de Tutmosis IV, lo que indica que aún no había sido descubierta. Napoleón y sus *savants* hicieron mucho trabajo de notable valor en el yacimiento, pero, por otro lado, se ha atribuido a sus soldados la ruptura de la nariz del coloso durante una destructiva práctica de tiro. Sin embargo, imágenes posteriores de la Esfinge todavía muestran la nariz en su lugar; o bien los artistas se tomaron sus licencias, o quizá la nariz se destruyó pasado el tiempo de Napoleón.

Descubrir la Esfinge era una labor peligrosa: los que la realizaban arriesgaban la vida bajo la amenaza constante de que la arena cayera de nuevo dentro del recinto y los sepultara. Giovanni Caviglia, que participó en los trabajos de 1817, dejó constancia del proceso. Comenzaban cavando una zanja de unos veinte metros de profundidad, desde lo alto de la arena hasta la base del recinto; luego se intentaba consolidar la zanja con planchas para retener la arena que amenazaba con desplomarse sobre la zona vacía. Habían comenzado en el hombro y fueron moviéndose hacia la parte frontal; sobre la marcha descubrieron la estela de Tutmosis IV, fragmentos de la *ureo* y parte de la barba trenzada de la Esfinge. La barba medía nue-

ve metros y unos pocos centímetros y parecía ser de la misma piedra caliza que el cuerpo, lo que sugiere que podría haber formado parte de la estructura original; de hecho, hay pocos datos que apoyen la idea de que fue una adición posterior. Parece ser que la barba ya se había degradado en la época antigua y la erosión había provocado la caída de fragmentos; fue reparada en el Reino Nuevo tallando de nuevo la parte trasera de algunos bloques y restaurando la argamasa *in situ*. La decoración del cuerpo que unía la barba con el pecho del coloso muestra al rey rindiendo culto a la Esfinge. Es probable que la barba fuera curvada (como se ve en las estelas de la Esfinge), por lo que varios estudiosos coligen que la Esfinge representaba un dios —probablemente una divinidad solar— en lugar de un rey, porque las barbas regias eran cortas y cuadradas.

En 1853-1858, Mariette limpió de arena la zona y dejó al descubierto una estructura rectangular de mampostería en el costado meridional de la Esfinge, similar a una caja relativamente grande, y otra más pequeña en el septentrional. Cerca de la zarpa meridional descubrió un fragmento de estatua que llevaba la doble corona del Alto y Bajo Egipto; es probable que perteneciera a una estatua de Osiris creada durante el Reino Nuevo, que hubo en una *naos*\* alzada sobre el bloque de mampostería en el costado sur. Por las dimensiones de la corona, se cree que la estatua tendría unos 7,5 metros de alto, aunque sin la parte inferior no podemos saber qué forma adoptaba la figura. La *naos* que la acogía habría medido 8,3 metros desde lo alto de la caja de mampostería y estaría 11,6 metros por encima del nivel del suelo; por sí sola ya es, sin duda, un monumento colosal. Cerca de la estructura septentrional se descubrió una *naos* pequeña (63 × 41 × 35 cm) de Tutmosis IV, dedicada a Horemajet; quizá se alzara sobre aquella estructura, aunque tal vez sea algo insuficiente. Estas adiciones del Reino Nuevo al recinto de la Esfinge indican que, en aquella etapa, la zona era accesible para todos, aunque du-

\* Cámara central del templo clásico, donde solía situarse la estatua del dios. En Egipto también designan recintos exteriores con ese mismo fin. (*N. del t.*)



FIGURA 4. La Esfinge de Guiza, con la *naos* de mampuestos en la cara sur.

rante el Reino Nuevo la Esfinge tenía un aspecto muy distinto al del monumento actual. En aquellas fechas, estaba concebida para ser vista solamente desde el frente; el común de las gentes lo hacía desde fuera del templo, y los sacerdotes, desde el interior. La calzada de Quefrén, que contaba con paredes y techo, habría ocultado en parte la contemplación de la Esfinge.

Seis de las siete estelas descubiertas en el lugar muestran la estatua de un rey situada frente al pecho de la Esfinge y debajo de la cabeza de esta. Cuatro de esas seis estelas retratan al rey con el tocado *nemes*, antes que con la doble corona. Con estos datos en la mano, se han realizado excavaciones minuciosas en la zona del pecho de la Esfinge, con la intención de documentar si hubo alguna vez una estatua en ese lugar. Pero si la hubo, se habría tratado de un añadido del Reino Nuevo, porque en el Reino Antiguo el rey era siempre mayor que el dios que lo protegía, mientras que en el Reino Nuevo la relación se invirtió y el rey era siempre de un tamaño

muy inferior al dios protector que se alzaba sobre él. Hay indicios para sugerir que tal vez hubo una estatua bajo la barbilla de la Esfinge: un pedestal que hay detrás de la Estela del Sueño podría haber sostenido una figura del rey y algunos autores creen que cierto bulto —muy deteriorado— del pecho podría haber sido la estatua misma. Bloques desgastados en torno de ese bulto se han interpretado como la *naos* que protegía la estatua; en inscripciones e imágenes del Reino Nuevo en el cuerpo de la barba se lee «vida y protección en torno de él», lo que sugiere que la Esfinge rodeaba y protegía al rey. Hay trabajos de reconstrucción de la estatua que dan a entender que habría alcanzado una altura de 6,8 metros y se levantaría sobre un pedestal que situaba sus pies casi al nivel de los de la Esfinge; la barba curvada de la Esfinge proporciona el límite máximo de elevación de la estatua. Al no haberse hallado resto alguno, es imposible determinar qué ropas o símbolos habría exhibido el rey, pero las estelas lo muestran con *nemes* y falda, en actitud de caminar, con el pie izquierdo adelantado. Dado el deficiente estado de conservación de la caliza en la que se talló la Esfinge, es improbable que podamos llegar a saber siquiera si la estatua existió o no.

El deterioro y los daños sufridos por la Esfinge son causa de inquietud grave para los egiptólogos y se han aportado muchas sugerencias para la mejor preservación del monumento. El Getty Conservation Institute examinó de cerca el proceso de erosión mediante una estación de control movida por energía solar y situada en la espalda de la Esfinge. Los resultados indican que la acción conjunta de un viento imperante del noroeste (fuerte y cargado de arena) más la condensación diaria provoca que las sales naturales de la caliza emerjan a la superficie, donde cristalizan, lo que causa a su vez que la roca forme lascas y se erosione. De sus estudios se colige que la única manera de preservar la Esfinge pasa por desalinizar la caliza; pero la porosidad de la roca (que permite que absorba el agua de la atmósfera), la arena húmeda y la lógica altura del nivel freático en la zona son factores que contribuyen a la erosión. El desgaste es más intenso y claro en el pecho de la Esfinge, que no se ha cubierto con obra moderna. Algunos autores han propuesto inyectar en la roca un

consolidador químico, o bien una barrera contra la humedad, que impida la cristalización de las sales; otros consideran que el único modo de proteger el monumento es cubrirlo por completo con bloques calizos. Todas las sugerencias crean sus propios problemas, sin embargo: los nuevos bloques calizos alterarían la apariencia de la Esfinge y reaccionarían en contacto con la piedra original; se desconocen los efectos que tendrían a más largo plazo las inyecciones químicas.

Algunos estudiosos utilizan la erosión como prueba de que la Esfinge es muy anterior a 2500 a. C., la fecha de construcción más aceptada. El pionero en ese campo es John Anthony West. Su libro de 1979, *Serpent in the Sky*,\* convenció a Robert Schoch, de la universidad de Boston, de la necesidad de estudiar la geología de la Esfinge. Schoch llegó a la conclusión de que estaba deteriorada por el agua y era muy anterior a lo que solía creerse. El *quid* de la investigación de West y Schoch es que la erosión de la Esfinge no se halla dentro de los límites de deterioro naturales para la antigüedad que se le atribuye; ellos sitúan su construcción entre 7000 y 5000 a. C., periodo en el que abundaban las lluvias en el valle del Nilo (véase el capítulo 1). La caliza es frágil, con grandes fisuras y anomalías, de modo que la erosión es de esperar; pero West y Schoch creen que las fisuras obedecen a grandes cantidades de agua que habrían fluido sobre la Esfinge y dentro del recinto. Como principal apoyo de su teoría está el hecho de que durante buena parte de su existencia aceptada la Esfinge ha estado enterrada en arena hasta el cuello, de modo que las aguas pluviales no podían superar los muros exteriores del recinto y causar daño en la estatua. Se ha calculado que la Esfinge ha estado cubierta de arena durante un máximo de dos tercios de su existencia habitualmente aceptada; es decir, 3.100 de sus 4.500 años de vida. West y Schoch añaden que, durante la mayor parte de ese tiempo, el clima de Egipto ha sido muy árido, sin periodos pluviales prolongados. Schoch establece que hubo periodos perdurables

\* *La serpiente celeste: los enigmas de la civilización egipcia*, traducción de Francisco J. Ramos, Grijalbo, Barcelona, 2000. (*N. del t.*)

de lluvias intensas en el antiguo Egipto entre 10000 y 8000 y entre 3000 y 2000 a. C., sobre todo entre 9200 y 6000, y entre 5000 y 4000/3000 a. C. La aridez hizo aparición en 2350 a. C., tan solo 150 años después de la fecha aceptada de construcción de la Esfinge. Sin embargo, las plantas y los animales representados en las tumbas del Reino Antiguo indican que el tiempo era entonces más húmedo de lo que ha sido con posterioridad.

Incluso en los siglos XIX y XX, la inundación anual del Nilo ha alcanzado, en ocasiones, una altura suficiente para llegar hasta la meseta de Guiza (lo que ha multiplicado el daño causado por el agua a la roca frágil) y es probable que ello haya ocurrido con regularidad. James Harrell, de la universidad de Toledo (Ohio), señala que aunque la lluvia más intensa se produjera antes de 2350 a. C., se sabe de la existencia de precipitaciones muy copiosas y riadas fuertes a lo largo de los siglos y hasta el presente. Estas precipitaciones infrecuentes e intensas, ora tienden a correr por la superficie a gran velocidad, ora empapan la arena y la caliza antes de que se pueda evaporar, añadiéndose así a los flujos de agua subterránea. El recinto que rodea la Esfinge por el norte es más bajo que el meridional y forma una depresión que se llena con la arena de los niveles más altos de la meseta; las escorrentías de la lluvia o las riadas intensas se filtran con lentitud y una parte es absorbida por la caliza porosa.

West y Schoch han establecido comparaciones con otros monumentos de la meseta de Guiza, incluida la mastaba funeraria de De-behen, de la dinastía IV. El deterioro de la tumba exhibe un carácter más suave y redondeado que el de la Esfinge; según la teoría de estos autores, ello indicaría que es un monumento posterior a la Esfinge. Sin embargo, prescinden del hecho de que la tumba de De-behen se halla entre 47 y 63 metros por encima del nivel del mar, a diferencia de la Esfinge, que está tan solo veinte metros por encima. Los análisis de las capas rocosas de la meseta, por otro lado, indican que no cabe comparar esos dos monumentos; en su construcción se emplearon rocas distintas —las estructuras de lo alto de la meseta son de una roca más dura que las situadas en la zona inferior— cu-

yas velocidades de deterioro también difieren entre sí. West y Schoch incluyen asimismo en su comparación las tumbas del extremo oriental de la meseta, a pesar de que la roca con la que se crearon también difiere del material de la Esfinge; y se equivocan al no tomar en cuenta adecuadamente que esas tumbas no se hallan dentro de recintos capaces de encauzar y dirigir el agua por encima del monumento. Así pues, no cabe comparar entre las mastabas y la Esfinge sin que el proceso incurra en graves deficiencias. Aunque West y Schoch defienden que la Esfinge sufrió daños de consideración por el agua también admiten lo siguiente: «En muchas ocasiones, la erosión causada por el viento y la arena podría ser notoriamente similar a la provocada por el agua». Con ello están privando de fuerza a su propia teoría.

West y Schoch también utilizan un objeto artístico «contemporáneo» en apoyo de su teoría: la que se conoce como «Estela del Inventario», descubierta en el templo de Isis, cerca de una de las pirámides erigidas como satélite de la Gran Pirámide. No obstante, la fecha de creación de la Estela del Inventario es controvertida. Se cree que en realidad fue tallada en tiempos de la dinastía XXVI (664-525 a. C.), aunque en la forma y estilo del Reino Antiguo, con el fin de otorgar autoridad añeja al nuevo culto del templo de Isis. Quienes creen que la Estela del Inventario es fiable también tienden a creer que las pirámides son más antiguas de lo que habitualmente se acepta. En la Estela se afirma con claridad que el rey Quefrén acometió reparaciones en la Esfinge, pero no la había mandado tallar: Quefrén «renovó con piedra dorada la parte trasera del tocado *nemes*, que faltaba ... la figura de este dios tallado en la piedra es sólida y durará toda la eternidad, con su rostro vuelto siempre hacia el oriente».

La incertidumbre que rodea la Estela indica que la historia de la meseta de Guiza comenzaba a resultar confusa, y los hechos se desdibujaban, incluso en una fecha aún temprana como la de la dinastía XXVI. West y Schoch utilizan la Estela como prueba de que la Esfinge es más antigua de lo que generalmente se cree y consideran que el rey Quefrén reparó las ancas de la Esfinge, que serían, a su



juicio, entre 2.500 y 4.000 años más nuevas que los costados y el frontal, lo que nos llevaría a una fecha de construcción original de h. 7000-5000 a. C. Sin embargo, un análisis cuidadoso de los muros del recinto trasero, que se supone son más modernos, demuestra que los modelos de erosión son exactamente iguales a los muros del recinto meridional, supuestamente más antiguos; de modo que las pruebas contradicen la teoría. En su documental inédito para televisión, Schoch aparece junto al muro trasero (la zona «más reciente») y afirma que es un «ejemplo clásico de manual de lo que ocurre a un muro calizo cuando la lluvia lo golpea durante miles de años». Sin lugar a dudas, esto es un indicio de cierta confusión entre los propios investigadores.

La caliza de la Esfinge es de tan escasa calidad que el monumento se ha ido deteriorando desde poco después de su construcción. En las ancas se encuentran sillares de reparaciones realizadas durante el Reino Nuevo, de lo que se colige que ya entonces eran importantes los daños. En tiempos más recientes, el deterioro de los bloques es perceptible a simple vista y el proceso de erosión se nota día a día cuando el viento arrastra lascas de la frágil roca. Es algo constatable incluso en un lapso de menos de un siglo: basta comparar fotografías tomadas entre 1909 y 1994 para darse cuenta de que los daños sufridos son considerables. En 1926 hubo una restauración en la cual se vertió cemento en ciertas fisuras y hendiduras que preocupaban a los conservadores, pero desde entonces, la caliza ha seguido desgastándose hasta el punto de que hoy el cemento sobresale. En 1995, el doctor K. Lal Gauri, de la universidad de Louisville (Kentucky), completó un estudio sobre la erosión de unos bloques calizos que se hallaban a la espera de ser empleados en una restauración moderna, y observó: «Al cabo de tan solo una temporada, la exfoliación ha sido notoria, los cantos se han desgastado y se ha formado una superficie redondeada y erosionada. Es evidente que no se requieren plazos de tiempo prolongados para que se produzca una erosión notoria de ciertas clases de roca». West y Schoch consideran que ese tipo de erosión redondeada es característica de la erosión por agua, pero el desgaste observado por Gauri en una sola

temporada demuestra que es un proceso natural, propio de esta clase de roca en particular, y no un efecto de las grandes lluvias.

La erosión química de los diversos tipos de roca, incluso en la misma ubicación, varía notablemente; por lo tanto, el simple deterioro no basta por sí solo para determinar la antigüedad. Para ver cómo afecta a la Esfinge es preciso tomar en cuenta la situación del monumento y la historia de su exposición. La Esfinge está formada por tres capas de roca, que se han denominado Miembros I, II y III (con I como nivel inferior). Las capas más duras son las más altas; el Miembro II es más frágil que el III y menos que el I. Este Miembro II consta de siete lechos distintos, cuya dureza también es progresiva hacia lo alto. La mayor parte del cuerpo pertenece al Miembro II; la cabeza, al III. La diversidad en el grado de dureza comporta que cada capa muestre modelos de desgaste distintos entre sí. El hecho de que la cabeza sea del material más duro explica que los rasgos faciales se hayan preservado tan bien. Según señalan West y Schoch, la Esfinge ha permanecido cubierta de arena durante unos 3.100 años de su vida, estimada habitualmente en unos 4.500 años; aunque esa condición tampoco la privaba por completo de sufrir daños. Cuando Gauri examinó la Esfinge, notó que la arena situada contra el muro estaba seca en la zona superficial, pero empapada en la capa inferior. Ello nos indica que la Esfinge sufre el «desgaste de la arena mojada», que se produce cuando la roca queda encajada entre arena empapada —durante periodos, quizá, de varios meses de duración— y la humedad se transfiere a la caliza, lo que ocasiona los daños característicos del agua. Schoch admite que esta es una causa posible de la erosión de la Esfinge, pero defiende que no es suficiente para explicar su intensidad. Sin embargo, los defectos naturales de la caliza y la erosión química, al actuar conjuntamente, han originado el perfil redondeado que West y Schoch atribuyen al agua. Los escombros calizos del suelo y de los huecos del recinto de la Esfinge muestran que el desgaste químico no se ha detenido y no cabe considerarlo prueba de ninguna antigüedad extrema.

Un hecho simple al que no han prestado la debida atención ni West ni Schoch ni sus partidarios es que, para la fecha hasta la que

pretenden remontar su construcción, no perviven huellas arqueológicas de la existencia de una civilización capaz de erigir un monumento como la Esfinge. En la corriente dominante entre los egipólogos apenas caben dudas de que la Esfinge se erigió durante la dinastía IV, la fecha tradicional; abundan los vestigios simbólicos, religiosos y arqueológicos de la existencia de una civilización plenamente capaz de construirla. Por ejemplo, en 1978, un equipo de arqueólogos del Stanford Research Institute taladró agujeros en el suelo del templo de la Esfinge, en los que descubrieron varios fragmentos de arcilla y cerámica del Reino Antiguo, junto con una piedra de moler, de dolerita,\* que aún exhibe muestras de haber sido tallada con un cincel de cobre. Se han hallado más herramientas entre los escombros de la dinastía XVIII (1570-1325 a. C.); se trata de piezas de arenisca (o arena consolidada con yeso) empleadas como útiles de abrasión y pulido. En 1979 se encontraron pruebas similares, cuando Zahi Hawass sacó del recinto de la Esfinge algunos bloques de caliza abandonados. En un principio debían haber formado parte del cercano templo de la Esfinge, pero el proceso se interrumpió. Bajo esos sillares aparecieron numerosos fragmentos de cerámica del Reino Antiguo, lo que nos indica que los bloques —y el lugar al que se destinaban, el templo de la Esfinge— no podían ser anteriores a ese periodo; también demuestra que el recinto de la Esfinge se levantó durante el Reino Antiguo. Pero es que incluso la situación del gran monumento apoya la datación en la dinastía IV: la excavación del recinto que la rodea no podría haberse realizado con posterioridad a la dinastía IV porque las tumbas que miran al sur en el costado norte pertenecen a esa época. Asimismo, la esquina sudoeste del recinto de la Esfinge se adentra en una zanja de drenaje abierta en paralelo a la calzada de Quefrén, lo que nos indica que la calzada ya estaba allí cuando se construyó la Esfinge.

También se ha estudiado la Esfinge con otros propósitos. Un investigador que animó a realizar estudios exhaustivos en la región de la Esfinge fue Edgar Cayce (1877-1945), sanador, médium y profe-

\* Roca basáltica de grano grueso. (*N. del t.*)

ta. Cayce creía formar parte de un grupo de atlantes reencarnados, enviados para supervisar el desarrollo de «grandes cambios en la Tierra». También vaticinó que los textos sapienciales de la Atlántida se hallaban archivados bajo la Esfinge de Guiza, para protegerlos de las inundaciones, y que la entrada a esa Sala de los Archivos se encontraba en el hombro derecho de la Esfinge. Las profecías de Cayce no siempre eran claras y quedaban sujetas a la interpretación. Así, creía que la Sala de los Archivos se descubriría en la última década del siglo XX —para ser exactos, entre 1996 y 1998—, gracias al trabajo de unos «elegidos». No han faltado los intentos, pero la profecía no se ha cumplido. Sin embargo, Cayce no descuidó disponer también una red, una profecía «de seguridad»: si su primera profecía no llegaba a cumplirse, no sería por falsedad, sino porque la sociedad del siglo XX no estaría preparada para recibir la información. Es obvio que Cayce recibió la influencia de algunas ideas de la literatura antigua, como apunta asimismo su obsesión con la mítica Atlántida de Platón.

La idea de que existían salas en el interior o por debajo de la Esfinge no era nueva ni exclusiva de Cayce. Plinio —que vivió entre 23 y 79 d. C.— fue el primero en mencionar la existencia de una cámara inferior de la cual salían tres túneles que la conectaban con la Gran Pirámide. Es cierto que se han hallado tres túneles en la Esfinge y las zonas adyacentes, pero veamos los detalles: el primero es un túnel ciego, abierto detrás de la cabeza, que se adentra seis metros en la roca; el segundo está en la cola y se adentra doce metros en la roca, hasta alcanzar el nivel freático; y el tercero está en el costado septentrional, cerca de la zona central. Este último solo se documenta por una fotografía tomada en 1926, puesto que posteriormente se enladrilló. El segundo túnel fue explorado por Zahi Hawass y su equipo en los años ochenta del pasado siglo. Aunque no se hallaron artefactos en el interior, las paredes mostraban signos de uso de herramientas (cincales) y hay vestigios de puntos de apoyo toscamente tallados por los obreros de la antigüedad. Ni este segundo túnel ni el primero dan acceso a ninguna sala; es probable que fueran abiertos durante la dinastía XXVI, como excavaciones



FIGURA 5. Parte trasera de la Esfinge, en la que se ve el acceso al pasadizo.

exploratorias, aunque el segundo túnel ya no puede explorarse por los trabajos de reparación realizados por Baraize a principios del siglo XX, en los que se vertió cemento en la cavidad con el fin de sellar fisuras de la roca.

Cayce indicó que el acceso a la Sala de los Archivos se realizaba a través de un pasadizo situado en la parte delantera de la Esfinge. Esta área centró parte de los trabajos emprendidos por la Stanford Survey en 1973-1974. Sin embargo, no se halló ninguna entrada ni túnel semejante. Según el informe:

Frente a las zarpas delanteras de la Esfinge se constatan dos anomalías. El lecho de roca que hay delante de la Esfinge está cubierto por un pavimento de época romana y la deficiencia del contacto eléctrico entre ese empedrado y el lecho de roca causó algo de ruido en los perfiles de resistividad. Sin embargo, podemos considerar anómala una gran distancia interelectrónica, que sugiere que podría existir una cavidad o un eje de hasta 10 metros de profundidad. Probablemente, esta cavidad ... está llena de escombros. Las anomalías de resistividad que hallamos en los alrededores de la Esfinge no se definen con la claridad suficiente como para permitirnos obtener conclusiones con toda certeza y consideramos que es preciso realizar análisis más detallados.

Las anomalías descubiertas por la Stanford Survey se investigaron por medio de exámenes endoscópicos. Para ello se abrieron cinco agujeros de cuatro pulgadas (unos diez centímetros) en el suelo del templo de la Esfinge y la zona adyacente a la gran estatua, y se descubrió que:

En uno de los procesos de perforación, la varilla de sonda pareció ceder. Se vertió agua por el agujero y pareció que se perdía, de modo que se creyó haber encontrado una sala inferior. Pero al bajar el endoscopio se halló que era solo una serie de cavidades creadas por disolución, similares a un queso gruyer.

La cavidad mayor se encontraba cerca de la zarpa derecha de la Esfinge y se constató que era una fisura en el lecho de roca, con el nivel freático por debajo. Esta clase de fisuras en la roca de la meseta son naturales, pero se han ido deteriorando con el paso de los siglos y constituyen un entorno particularmente inestable. Una vez que se completaron los estudios de Stanford, Hugh Lynn Cayce, hijo de Edgar Cayce y gran defensor de sus teorías, reconoció: «Entiendo que la cuestión de las cámaras abiertas bajo la Esfinge ha quedado zanjada por completo. Creo que no pueden existir». Aun así, siempre habrá quien piense que la Esfinge es misteriosa y alberga un gran secreto.

Nuevos estudios, realizados en 1987 por un equipo de la universidad de Waseda (Japón), descubrieron cuatro túneles más, dos de ellos en el cuerpo: uno nace en el norte y otro, en el sur. Poseen unos dos metros de anchura y unos tres metros de profundidad y se adentran dos metros bajo el cuerpo. Aunque no se han descubierto salas, quizá exista un túnel que transcurre por debajo de la Esfinge. Los estudios han identificado posibles cavidades; una se halla cerca de las patas delanteras y tiene unas dimensiones de  $1 \times 1,5 \times 7$  metros, y quizá contenga fragmentos metálicos o graníticos; la segunda está cerca de las zarpas de la Esfinge y mide  $1,5 \times 3$  metros (no se ha determinado el fondo). No se ha podido continuar con el estudio de esta sala debido a la presencia de una mesa ofertoria de granito. Jus-

to al oeste de esta mesa de ofrendas existe (casi con toda certeza) otra cavidad, situada entre uno y dos metros por debajo del suelo; sin embargo, no se ha podido confirmar del todo su existencia debido a la gran cantidad de «ruido» del estudio. Quizá esta cavidad esté conectada con las demás, pero hacen falta nuevos análisis para verificarlo. Tampoco se sabe en la actualidad si son de origen natural o humano.

Aunque la Esfinge ha estado sometida a décadas —o incluso siglos— de estudios ambiciosos, todavía es una materia de gran interés para la egiptología: quedan muchas preguntas por responder y seguro que aún se harán nuevos descubrimientos.

